

**La seducción de lo
diverso. Literatura
latinoamericana
comparada**

MARCELA CROCE
Interzona, Buenos Aires,
2015.

**Crítica militante, comparatismo
y utopía intelectual
en América Latina**

Guillermo Canteros*
Universidad Nacional del Litoral

Sabemos hoy que como construcción histórica América Latina es producto de la imaginación imperial, una realidad inventada por aquellos que creyeron descubrir. Y es que, como también sabemos, fue el colonialismo el que al nominarla, la engendró.

188 189

El nombrar habla del poder del que nombra, no de la realidad. Habla del poder de imponer y de legitimar los apelativos y, por tanto, del emplazamiento fundante de los mecanismos de dominación.

En Latinoamérica, la imposición de la lengua imprime el sistema perceptual de la modernidad, su matriz epistémica. Dado que conlleva un orden social, una jerarquía y relaciones de poder, la lengua no es nunca un canal de transmisión, ni un lugar pacífico de encuentro. Que se naturalice esa intelección y que, por ende, se solapen las asimetrías constitutivas de toda dominación, volviendo neutral el espacio en el que se dirime la lucha por la articulación del sentido, explica la eficacia del proyecto modernizador. Si el lenguaje *dice* el mundo (*lo* constituye y *se* constituye *en*), ese «decir» es «ordenar», en su doble acepción: organizar la percepción y (uni)direccionalizar su lectura: el acto de nombrar produce la realidad del orden.

Son los aportes del *giro lingüístico* los que permiten comprensiones genuinas: no percibida como lo que es, una construcción, la realidad latinoamericana deviene un existente para quienes creen que la «hallan» o «descubren». La percepción del mundo y su actuación en él se dirimen, pues, en la mimesis, es decir, en la consabida correspondencia entre lengua y referente.

La colonialidad —está claro— hace referencia a una imbricada estructura de poder; poder que comienza en la lengua, en la imposición de ésta y, por tanto, en la intervención en el mundo simbólico: no sólo se colonizan los cuerpos y los territorios sino que, centralmente, se colonizan los imaginarios. En ello se fragua el control de la productividad significativa, la regulación del sentido.

En efecto, el hecho de que Europa concentrara bajo su hegemonía todas las formas de control de la subjetividad, de la cultura, y en especial de la producción de saber, fue lo que determinó que la categorización y clasificación jerárquica del

* Integra los equipos de cátedra de Literatura Argentina, Literatura Hispanoamericana (FHUC—UNL) y del Seminario de Literatura Argentina (FHUC—CEMED). Es miembro del equipo de investigación del PI CAI+D 2011: «Decolonialismo y construcción genérica de la memoria: configuraciones de la narrativa argentina contemporánea en perspectiva latinoamericana» (Dir. Ana Copes). Doctorando en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Entre Ríos.

mundo, y más específicamente del universo social, producidas por el pensamiento moderno, fuera —como expresión del que se erigiese en el único modo de producción válido, objetivo y universal del conocimiento—, impuesta a las nuevas sociedades latinoamericanas.

Desnaturalizar la objetividad universal y, en consecuencia, historizar la posicionalidad, permite dar cuenta de la contingencia del proyecto de la modernidad, al mismo tiempo que vuelve evidente la arbitrariedad de las relaciones de poder que instituyeran los discursos legitimantes de las jerarquías.

Si, como es sabido, la eficacia de la dominación reside en que los conceptos, categorías y perspectivas de la modernidad se traducen en las reglas del juego para pensar el mundo, neutralizar ese poder supone una insurgencia que socave los presupuestos epistémicos sobre los que descansan dichas reglas. Paradójicamente, y puesto que es condición de la hegemonía, esa desarticulación sólo puede hacerse utilizando los mecanismos y las categorías del discurso dominante.

En este marco, hoy, disputar el sentido equivale a mostrar cómo se articuló ese sentido. Así, en la deconstrucción de los modos de percepción sobre los que se apoyara la modernidad se cifra el cambio. Esta es la primera condición para una transformación real: la verdadera emancipación pasa por lo epistémico, por una «revolución» cognitiva, la que conmueva las bases sobre las que el poder articulara las distintas formas de una renovada dominación (colonial, neocolonial o neoliberal).

La seducción de lo diverso. Literatura latinoamericana comparada, volumen que reúne un conjunto de ensayos escritos por Marcela Croce en los últimos diez años, es el resultado de un empecinamiento doble: la militancia latinoamericanista y la práctica de la literatura comparada. Justamente, sus trabajos se inscriben en la voluntad de articulación de otros sentidos para América Latina, en «la posibilidad de ejecutar de manera autóctona un modelo de lectura y crítica que reclama una formulación local para que la utopía de América no quede sepultada, disminuida o dominada por los centros metropolitanos de producción de saber» (9).

En su claro y comprometido posicionamiento, la búsqueda de este «decir propio» no se confunde con una nueva esencialización; no se trata de mostrar una verdad más «nuestra» y más pura, sino de reconocer la violencia que conllevara la fundación de América, para desarrollar entonces genuinas estrategias de resistencia.

En tal sentido, es importante subrayar que si bien la vocación supranacional que alienta la labor crítica lleva a reivindicar para el análisis la pertinencia conceptual y política-cultural de la expresión «América Latina», es el comparatismo el que permitiría, según la concepción de la autora, trazar los fundamentos para la unidad continental sin caer en los riesgos de homogeneizaciones y generalizaciones abusivas.

De allí que, siguiendo el proyecto trunco de Ángel Rama y las intuiciones de Silviano Santiago, los ensayos que integran el primer segmento del libro apunten principalmente a promover la adopción de una perspectiva comparada como base para los estudios latinoamericanos. No obstante, si de lo que se trata es de producir una teoría crítica original, formulada desde un locus de enunciación no eurocentrado y libre de las catalogaciones y los principios establecidos en las academias centrales, en América Latina todavía resta incorporarle al comparatismo un signo antioccidentalista, de superación de las simplificaciones, es decir, falta ajustarlo al orden continental, para que pueda así convertirse en tal opción crítica. Para ello, basta recordar que el comparatismo literario tradicional, ligado a la formación filológica más rigurosa, se caracterizó por una visión eurocéntrica, tributaria de los

conceptos de universalidad y de literatura mundial. Poco sensible a las diferencias al interior de esa supuesta universalidad —que era en verdad una imposición europea—, éste se revela hoy como escasamente apto para afrontar los desafíos que plantea el reconocimiento de la diversidad cultural. Por esta razón, aun cuando se coincida en la capacidad del comparatismo para establecer vínculos y justificarlos, lo cierto es que responder a los desafíos mencionados, implica poner el acento en las diferencias (políticas, institucionales, sociales, culturales, lingüísticas y específicamente literarias) por sobre el universo compartido de previsibles semejanzas o eventuales equivalencias.

Si las literaturas comparadas se asientan en un ejercicio dialéctico que pone en tensión lo nacional y lo universal, en Latinoamérica esta práctica adquiere la particularidad de que lo nacional se confronta con la supranacionalidad, ya imaginada por las grandes figuras independentistas (Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O' Higgins, Miguel Hidalgo, Antonio Sucre, Augusto César Sandino) o por Pedro Henríquez Ureña con su *Utopía de América*, Alfonso Reyes con su resistencia a las rigideces geográficas, Mariano Picón Salas y su fe en la cultura criolla, Ángel Rama con la traducción de ese criollismo en «transculturación» y Antonio Candido con la posibilidad de extender el «sistema literario» más allá del núcleo brasileño.

190 191

El comparatismo que propone Croce se presenta entonces como la opción metodológica más adecuada para dar cuenta de las peculiares condiciones de la literatura latinoamericana, hecha de una irreductible diversidad. En la dinámica unidad/diversidad, la primera no es un *a priori*, ni niega las diferencias; no se trata de una hibridación, ni de una síntesis desproblematizadora; más programática que empírica, forma parte de un decidido proyecto liberador.

En otros términos, volver la homogeneización en una unidad que reconoce diferencias, resulta clave como antídoto contra la mirada normativizadora que unificara a América Latina como «lo otro» (desde el exotismo de los cronistas de indias a los estudios poscoloniales pasando por procesos de esencialización de la magia —llámense macondismo o realismo mágico—), para reforzar su lugar periférico y, definitivamente, su condición de inferioridad.

En perspectiva, una mirada atenta revela cómo las estrategias que resultarían centrales en el andamiaje de los mecanismos de dominación propios de la dinámica del poder en la modernidad, perviven aún hoy en aquellos discursos académicos que, paradójicamente, al tiempo que insisten en la persistencia de la herencia colonial y en la imperiosa necesidad de descolonizar, lo hacen reproduciendo la misma lógica que dicen «desmontar».

El colonialismo no es sólo la marca de origen de América Latina sino, sobre todo, un proceso que prosigue en sus efectos. Ello explica que una reedición de las lógicas homogeneizantes (y sus consabidas y conocidas consecuencias) tuviera lugar en Estados Unidos, a partir de la Segunda Guerra Mundial, a través de los Estudios Latinoamericanos, también llamados Estudios de Área. El latinoamericanismo, en tanto conjunto de representaciones sobre América Latina «producidas» desde las ciencias humanas y sociales en los ámbitos académicos, juega un sistema de disciplinamiento, bajo la faceta de apoyo científico a la política exterior norteamericana para que el «tercer mundo» transite hacia la modernidad sin dificultades. Diciéndose a sí mismo preservar las diferencias, la imagen global acerca de las sociedades de Latinoamérica se administra desde el centro para remarcar

definitivamente su pertinencia periférica. Haciendo del imperialismo un accesorio necesario, desarrolla una teoría sobre los pueblos «menores» y «dependientes» a los que incita a decolonizarse.

De allí que Marcela Croce no soslaye expedirse acerca del síntoma más inquietante en este contexto: los ya mencionados estudios poscoloniales, porque «detrás de su voluntad de desmontar los mecanismos de colonización, toda esta tendencia crítica aparece impregnada por sus convicciones, fascinada por sus afirmaciones, dispuesta a identificar la presencia ominosa de los aspectos coloniales como condición para aplicar sus principios» (28–29).

No menos interpelante, por otra parte, resulta su abierta crítica a la paradoja entre quienes producen teoría pos/decolonial y quienes encarnan la praxis: dicha teoría surge y se desarrolla principalmente en la academia norteamericana y pretende insertarse como verdad indiscutida en las zonas dependientes. De allí que la autora entienda que tal abordaje procura otorgar a América Latina una unidad de la cual carece y que, si figura en su horizonte utópico, de ningún modo puede remitirse a un voluntarismo intelectual que se aleja del territorio involucrado sin exhibir siquiera la garantía de adquirir la perspectiva de la distancia.

Sobreviene entonces la formulación del inevitable interrogante: hasta dónde unos estudios planteados en Estados Unidos, ejercidos por norteamericanos o por latinoamericanos transplantados y orgullosos de su situación en las universidades metropolitanas, contribuyen a una teoría efectivamente independiente.

No obstante, la crítica a quienes escriben desde el centro del imperio, no debe interpretarse —como contrapartida— que quienes lo hacen desde América Latina representan necesariamente una garantía en orden a su emancipación. No olvidemos que en gran medida las representaciones colonialistas han sido producidas por las mismas sociedades latinoamericanas a partir de metodologías occidentales como el enciclopedismo, el romanticismo utópico, el positivismo, la hermenéutica, el marxismo, el estructuralismo y los estudios culturales, entre otros, que jugaron mecanismos de subalternización y/o diferenciación.

Justamente, sin ánimo maniqueo, Croce reivindica la originalidad crítica del continente al recuperar a aquellas figuras que, como A. Candido, R. Schwarz y A. Rama, reflexionaran acerca de Latinoamérica con categorías propias, revisando cualquier elemento externo para precisar el alcance de su utilidad en la consecución de la utopía intelectual latinoamericana.

Así, los textos reunidos en *La seducción de lo diverso* indagan en verdad, a partir del abordaje de «temas y objetos latinoamericanos», la compleja construcción de ese conjunto que se conoce como América Latina. Se trata, en perspectiva, de una serie de tópicos claves en esa configuración, centralidad que descansa en su peso propio, el perfil performativo y, en definitiva, su particular dinámica de ser al mismo tiempo constituidos y constituyentes de las representaciones fijadas sobre el sub–continente. En una rápida síntesis, el lector asiste a la problematización del carácter normado y normativo de la noción de «literatura latinoamericana» (tratada muchas veces como un hecho empírico e incluso como un dato evidente), a partir de la consideración de proyectos de supranacionalidad literaria que apuntan a la definición de un canon continental: la Biblioteca Americana pergeñada por Pedro Henríquez Ureña, la Biblioteca Ayacucho proyectada y ejecutada por Ángel Rama desde Venezuela y, más recientemente, bajo los auspicios de la UNESCO, la Colección Archivos. Le siguen estudios de literatura comparada que recorren

América Latina en múltiples dimensiones como, por ejemplo, el Barroco y el modernismo como estéticas dominantes; el denominado «boom», producto de la expansión narrativa y mercantil de los textos latinoamericanos; las imágenes de México que, articuladas en la obra de O. Paz, C. Fuentes y C. Monsiváis, se vuelven objeto de reflexión crítica; las ciudades latinoamericanas; el ensayo y la crítica en tanto discursividades condensatorias de la utopía (a veces en inevitable tensión con los modelos metropolitanos, a veces con un énfasis excesivo en lo nacional), examinadas en profundidad en la producción de Ángel Rama, Antonio Candido y David Viñas, entre otros trabajos.

Consciente de que en la genealogía del latinoamericanismo lo que subyace a las representaciones históricas de «Latinoamérica» no es una representación más verdadera, sino una voluntad de representación que busca afirmarse en decidida lucha contra otras voluntades, Croce no duda en pronunciarse acerca del papel de los intelectuales en la dominación del imperio, destacando la responsabilidad colectiva de no contribuir al remozamiento de dicha dominación. Y es que no puede haber un discurso decolonizador, una teoría de la decolonización, sin una práctica decolonizadora. Queda en claro, pues, que en buena parte del poscolonialismo se ensaya una posición que tranquiliza la conciencia, mientras se espera que al cuerpo lo pongan otros.

«A casi treinta años de la muerte de Rama, con un Candido añoso que no publica novedades y un Schwarz que emite cada tanto algún destello, es menester que la posta de la originalidad teórica y crítica quede en manos de autores que aspiren a la coincidencia entre una hipótesis de investigación y una utopía intelectual. Esa es la fe de quien sospecha que cualquier idea fuera de lugar está usurpando un espacio y cualquier propuesta que no sea provocativa está abonando el mezquino mercado del *curriculum vitae*, la carrera académica y el intolerante *ghetto* próspero en jergas y santificaciones que nos asedia en lo cotidiano pero al que reiteradamente ofrecemos nuestro conformismo» (36–37).